

## CONFERENCIA

Por ABEL NARANJO VILLEGAS

*Conferencia dictada por su autor en el acto de entrega del título de Doctor Honoris Causa concedido al Exmo. Sr. Dr. Mariano Ospina Pérez, Presidente de la República y colaborador eficaz en la financiación de nuestra Universidad.*

El apellido de Ospina irrumpe a caballo en la historia de la república, trepidando en la silueta de Juan Sebastián Ospina. Desde entonces, cada vez que la República llama a lista, convocando a los más esforzados de sus hijos, responde alguno de los Ospinas, ora comandando la epopeya con su bronca voz de mando revuelta en las filas de los eupátridas; resonando la diana de la libertad en las montoneras; en los sillones legislativos tallando la imagen de la patria; al frente de sus más empinadas instituciones financieras; en las huestas campesinas, perforando la selva o desde el Palacio de los Presidentes ciñendo noblemente la banda que cruzó el pecho tormentoso de Simón Bolívar.

Desde el primero que rasgó tántas noches el silencio de la sabana, llevando a cuestras el alma de un libertario, ágil sobre su raudo caballo, hasta este último que la remansa en ademán florentino, corre toda una historia, que asciende como en peñascos, acosando el relieve para disertar en una Universidad sobre la elaboración misteriosa de aquellos tipos ejemplares que van llenando los ciclos históricos en la conciencia de la patria. De qué lado de la vertiente se va acendrando en cada cual una tipología del instante, sin disolverse nunca, es un secreto mágico de acomodación que raras veces se ofrece en pueblos como el nuestro. Las familias parecen consumir en un tipo la capacidad de creación en sentido público, y luego desaparecen los descendientes entre el anonimato de las muchedumbres. Hay que creer en una especie de brújula que señala intuitivamente a éstos cuál es el tipo necesario en un momento del destino colectivo, lo simbolizan y

lo acuñan por modo singular e irrefutable. Unas se han agotado en el guerrero; las otras en el religioso; las de más allá en el letrado; aquellas lo agotan en el científico. Esta en cambio, para cada etapa tiene uno en la línea del hombre práctico o de acción y ninguno quiere contar con la ascendencia sino que, como el soldado de Napoleón, parecen decirles a los hombres: "Yo soy un antepasado". Todos van disparados hacia la acción fulminante, con una especie de gravedad que no les deja mirar hacia atrás, ni siquiera para contar la gloriosa aventura de los antepasados. Es que entre hacer la historia y escribirla prefieren las dos y ahí radica el sentido de la acción en que debemos ocuparnos.

Se cumple así, en una sola familia, el fenómeno integrador de toda nuestra pueril historia, que realiza por un flanco la acomodación al medio físico y por el otro la adaptación al tiempo. Como si, para evitar nuestra frustración, hubiera sido necesaria una meta-economía histórica que es simultáneamente nuestra victoria y nuestra hibridez. El espíritu colombiano ha procedido con tal cautela y economía de formas que no ha dejado que prospere definitivamente ninguna que nos diera semblanza unilateral sino que, alternativamente, ha desviado el mando desde el tipo de humanista solitario como en Caro, Suárez, Marroquín, Abadía, hacia el del guerrero como en Bolívar, José Hilario López, Mosquera; de éste hacia el del político como en Santander, Márquez, Núñez, Restrepo, Concha, Olaya Herrera, Santos, Lleras Camargo; o hacia el de la acción concreta como en Reyes, Pedro Nel Ospina o Alfonso López, ladeándolo hacia la revolución de las costumbres. En esta forma logró curarse del romanticismo político, lleno de desafueros sentimentales y de ingenuas bellezas libertarias por medio de la sobriedad clásica de sus estadistas marmóreos; de la glacial apatía de los teóricos que llevaban su gorro abacial hasta el escudo, se curaba con el penacho desflecado de sus guerreros que le devolvían la vitamina heroica, y a su vez, de la demasía caudillesca sanaba con el ardiente impulso de los tipos económicos que introducían un orden concreto de cifras en el que se apagaba la fiebre o se desviaba hacia nuevas estructuras sociales. Todo aquello sucediéndose sobre una armadura jurídica que ha sido la única categoría permanente, en torno a la cual se ha ido coagulando la tradición ósea que llegó a bordo de los infolios de Don Gonzalo Jiménez de Quesada. Es el proceso de la juventud el que nos ha hecho así y sólo a esa calidad vital debemos apelar en la interpretación de todos aquellos casos en que la sangre cierra por sí misma las heridas de la piel. Por ser así todavía nos lanzamos a veces detrás de las impasibles estrellas hasta que las condiciones históricas, aquella ley de equilibrio universal, nos vuelven otra vez a la tierra y la gozamos también dionisiacamente, con idéntico ardor al que nos arrebató detrás de las estrellas remotas. Y, si es cierto que los pueblos viven en perpetua juventud, también es cierto que sus formas pueden petrificarse tomando un perfil único de senectud, y es entonces, cuando son solamente estéticos, guerreros, religiosos, económicos, teóricos o políticos, según el acento especial que destaquen en su historia. A nosotros aún nos preserva esta adolescencia de formas y

mos es dado el privilegio de asimilar las más depuradas, respondiendo así al reproche que pudiera hacérsenos por nuestra heterosexualidad formal. No es esterilidad sino fuerza de la pubertad el lanzar el corazón enamorado en la huella estelar de la tácita doncella; en la ruta fragorosa del héroe o en la línea gris de la sabiduría. Cuando tantas vocaciones arden en el alma cada una dejará su rescoldo fecundo, aborando con el espíritu la que va a prevalecer en la dorada madurez.

La flexibilidad para estas acomodaciones la da la acción del hombre práctico que no se remansa en las conchas del pensamiento inoperante, pero esta concepción del hombre práctico necesita algunas exégesis aclaratorias. Porque no se trata de aquella vaga y equivocada concepción del hombre práctico en el sentido del que carece de ideas, sino de aquel en quien ellas no actúan introvertidamente porque tienen poder para objetivarse pétreamente. Al hablar, pues, del hombre práctico, debemos alejarnos de la adulteración que se profesa habitualmente, aquél que sólo atiende a la subsistencia mientras el práctico de gran linaje vive atento a la existencia en derredor. Este tipo de hombre de acción es el que descubre intuitivamente la verdad en aquellas cosas que están a la mano, las eleva súbitamente al plano mental, desentraña de ellas su poder germinativo para desnudarlas de lo mostrenco que hay en ellas y les da nueva vitalidad, ya no solamente en el orden de la utilidad de la subsistencia sino en aquel plano más radical de la existencia en cuanto belleza, ética, justicia o lógica.

Esta tarea del hombre práctico es mucho más difícil en pueblos nuevos que en los de viejas estirpes disecadas. Porque en ellos la acción obedece a una tradición que tiene sus propias coordenadas, de suerte que se trata únicamente de seguirlas desarrollando o de quitarles el moho que les va depositando el tiempo. En cambio, a los pueblos que ofrecen el espectáculo vital del organismo naciente, no puede exigírseles aún la parsimonia que da la acumulación de deshechos que ostenta la senectud. "Si existe algo más noble que el espíritu cuando ya ha muerto, es la materia cuando vive", escribió alguien y dentro de esa ancha retorta de la historia lo que vale es el fermento de vida que va ascendiendo por el tiempo aún cuando todavía no haya aparecido la forma en que va a envasarse aquella vitalidad. "Vivo, luego me diferencio" decía Hebbel y, si nosotros no podríamos sostener que hemos realizado el tipo del Estado romano, porque su perfil no se ve sino en la mente de algunas personalidades aisladas, sin que alcance a plasmarse en la comunidad, es porque ya no tiene condiciones para vivir en la atmósfera de la época contemporánea. No son, pues, las viejas formas europeas las que pueden servirnos de término de comparación porque no somos aún historia sino devenir en el comienzo, un presentimiento matinal de caminos, aquella esperanza que rutiló en las miradas de la profesía cuando los pensadores europeos se salían de sus esquemas y oteaban la encarnación de la libertad en el confín del horizonte.

La pérdida del estilo que se observa en la cultura eurasiática en los dos últimos siglos, se agrava en nosotros, sus herederos por la línea española, con el hecho de que las palabras son más abundantes que

los sentidos genéricos de nuestra vida. Si en ellos el desequilibrio radica en que los sentidos son más numerosos que las palabras, en nosotros, en cambio, el problema viene a la inversa y la necesidad de encontrar un estilo vital para todas las manifestaciones de la cultura, nos empuja hacia el encuentro visceral con nuestras auténticas realidades, no obstante que no sea una empresa brillante ni popular. El encuentro de la plástica de nuestros sentidos es algo tan sagrado y frío a la vez como una exploración clínica para readquirir el estilo propio y único que nos especifique como pueblo dentro de la variedad del somatismo americano.

Este además de fidelidad al devenir concreto renunciando al sentimiento particular, es el que corresponde al hombre que se destina a la acción y, particularmente, a una acción tan esquiva y peligrosa como es la conducción de los pueblos. En la política se conjugan especialmente los elementos pasionales que suelen ser más peligrosos y explosivos que la brega de las ideas. Estas son más leales, tienen mayor compostura en su manejo y responden a la llamada con más sumiso talante.

En cambio las pasiones que no son vecinas de la inteligencia sino de la vitalidad, tienen todo el peligro de las cosas demasiado hermosas y su arisco flanco se escapa súbitamente cuando ya se creen poseídas y dominadas. Entonces, cuando el hombre que se domina a sí mismo para dominar a los demás, sorteando la aventura con el mismo estilo del jugador cuando pierde, iluminando su rostro con una sonrisa, sin abdicar del impulso de domeñarlas, inexpugnable al desengaño.

Nuestra formación histórica está íntimamente vinculada a estos avatares políticos y, si alguna diferencia esencial hay entre nuestras estructuras políticas y las europeas es que, en aquéllas, a la distancia, puede verse muy patentemente la sujeción de la política a ciertas categorías de experiencia milenaria en la línea general de su economía, de sus procesos sentimentales y espirituales. En cambio, nosotros los americanos, hemos tenido una evolución cíclica, llena de saltos y depresiones, de períodos de prosperidad vegetal y de caídas verticales, por nuestra misma condición tributaria de otras economías. La ampulosidad política ha vivido alejada de aquella profunda realidad que necesita llenar sus etapas para reorganizar sobre ellas la política. Cada administración tiene que principiar a interpretar los factores económicos no obstante la llamada persistente a la lucha que libran entre sí las cifras económicas y las electorales.

A esta familia de hombres pertenece el doctor Mariano Ospina Pérez, tanto por su formación como por la herencia que le golpea en las venas. Hijo de aquel varón Plutarquiano que hizo de la Escuela Nacional de Minas el más grande semillero de organizadores de la República aprendió en el hogar una especie de eudemología que cifraba el ideal en la realización de sí mismo y en el servicio del bien común. Primero realizarse a sí mismo para que nunca los honores llegaran como una necesidad sino como un azar honorario. En las horas del parlamento familiar el patricio siempre tuvo cuidado de movilizar los temas aulivos a los grandes hechos de la historia universal, levantando el es-

píritu de los hijos hasta el modelo de las más altas figuras y las crónicas familiares se convertían siempre en una reconstrucción de los perfiles de la República.

No hay nada de extraño que al ser llamado a ejercer la primera magistratura, el doctor Mariano Ospina Pérez se presentara con un programa de reconstrucción patria, en las condiciones políticas más difíciles, en el instante en que el mundo contemporáneo se escinde y aparece una nueva versión de la vida con más dramáticas condiciones que en ninguna otra época, con la natural reconstrucción completa de los modos de la conducta, simplificando y descomplicando muchos modos antiguos, pero trayendo a bordo la crisis inevitable en esta clase de mudanzas. Luchando brazo a brazo contra todo, inclusive contra su propio modo tradicional de entender la política y la economía, el doctor Ospina Pérez ha impulsado el espíritu colombiano hacia la integración de los conceptos esenciales de la patria resumiendo en luminosa concepción el clásico sentido del orden que representa la tradición, pero insuflándole a ese orden el anhelo de justicia social que representa la inconformidad de la revolución. Y en tal forma ha logrado interpretar ese pensamiento en el gobierno, que él ha adquirido estabilidad y claridad en la conciencia pública con la suficiente fortaleza para no ser violento. Es que allí en donde se abre para el hombre inhibido por la introversión un abismo en su paso, el hombre de acción lanza un puente para que sigan sus anhelos.

Que estos conceptos están ya operando en la conciencia colombiana es un fenómeno tan evidente que hoy ya nadie piensa en gobiernos exclusivistas y, si a veces se piensa en gobiernos de partido, se proyectan con conceptos nacionales. Lo que se discute, pues, ya no es el fin sino los procedimientos que esos fines suponen. Pos eso ha respetado de los antecedentes su afán de reconstrucción social, conjugándolo con el orden jurídico que la nación ha definido a lo largo de su historia.

Así se entiende que, si a veces ha necesitado hacer una política impopular, tomando los datos reales de donde deben tomarse, así sean ellos producidos por el movimiento de las extremas tan ajenas a su temperamento, lo ha hecho siempre a conciencia, con el objeto de integrarlos en el concepto general de la evolución del país. Que transitoriamente aquello no tiene resonancia, puede ser cierto, porque las gentes que carecen de reflexión e imaginación quieren una especie de vara mágica en el gobierno que automáticamente les solucione todos los problemas que plantea la vida en su natural desenvolvimiento. Pero un estadista no trabaja para hoy ni para mañana sino para pasado mañana. Nada importa que al reconstruir la patria pericliten muchas ideas, se disuelvan muchas formas destinadas forzosamente a desaparecer, sino que lo importante es que las nuevas formas surjan con suficiente vitalidad por su arraigo al suelo de la realidad concreta y por la eterna vocación de su destino.

Es que la cultura del hombre está íntimamente vinculada a la propia vida en concreto que se produce en derredor y una cultura genuina se origina y se forma con todos los azares que aquella vida co-

re en su dominación del medio físico y en su adaptación al tiempo. Esa circunstancia física de adaptación al medio geográfico y la histórica de adaptación al tiempo, determinan la conducta colectiva, cuando un pueblo se decide a reemplazar la fantasía por la historia y a ser protagonista de su propio destino, descubriendo aquella vocación irrevocable del espíritu por sobrevivir al propio corazón transeúnte.

De ahí que la urgencia de empalmar el pensamiento puramente intelectual y el político que encarna la objetivación realista, necesite generar una alta temperatura convirtiendo el gobierno no en una maquinaria fría sino en un movimiento con clima, para no pretender hacer en frío lo que hay que hacer caliente, con temperatura.

Ya alguien explicó aquella deferencia entre el hombre público lleno de ágora en su conciencia, distendido hacia la multitud y el privado que mantiene lo más auténtico de nuestra personalidad, aquello que es insobornable. Pero hay épocas en que no es posible cerrarse únicamente a lo privado y es necesario abrir las esclusas para que penetre la pleamar que llega de la vida batiente. La añoranza de aquellos períodos en que se plenificaba lo auténtico en una vida privada, sin sobresaltos, es el sueño de las naturalezas más excelsas, aquellas que quisieran pensar a la sombra de las grandes cúpulas tutelares, rodeados de sinfónico silencio, ardiendo en la penumbra de la soledad como una lámpara. Pero esas mismas naturalezas son las que hoy deben lanzarse a gritar aquello que es apenas susurro del alma, y las que prefieren el idioma del silencio para emitir el enigma que se debate confusamente en sus profundidades tienen que adoptar a veces el lenguaje de las tempestades, rayando el horizonte con el rutilante paso de la centella, para que su propia vida peligrosa ilumine un trecho el camino de la muchedumbre.

Esta será la misión de una generación nueva que está nucleándose victoriosamente y que, por eso, entiende todas estas perspectivas. No son posibles ya los retrocesos en este sentido y lo que viene a distinguirnos a unos y a otros no es sino el que acatemos unos determinadas categorías clásicas para envasar esas aspiraciones o los otros que desean ajustar formas que no se ciñan a los alabeos conceptuales y a las ondulaciones de nuestro pensamiento tradicional. Si ciertamente esa función no es exclusiva de los poderes ordenadores, sino que tiene que ser una conciencia alerta de la nacionalidad, también es cierto que el desnivel entre esas dos conciencias, la de los dirigidos y la de los que dirigen, acarrearía el desastre.

Es obvio, pues, que son el pueblo encarnado en su más puro plano intelectual que es la Universidad, en colaboración con los conductores políticos, los que están llamados a abrir esas nuevas vías a la meditación de los colombianos. Porque es la juventud la más alerta sobre estas perspectivas ya que ella siente la atmósfera vital de la época; sabe por dónde vuelan los alisios y tiene capacidad para ser soldada, a aquello que en la vida de hoy exige el sentido de comunidad, el ser militante de un Estado con misión, orgulloso y arrogante en su cumplimiento que es como estar soldado a su destino, ser soldados de sus empeños.

Se concluye que la única política eficaz en una Universidad sea la de la inteligencia y que este acto que hoy cumple la Pontificia Bolivariana sea uno de los esenciales de su Magisterio. Al convocar a uno de los hijos ilustres de la patria para recibir los honores que se conceden a quienes han llenado los requisitos de sus programas, señala uno de sus hitos vivientes, un nivel de la inteligencia, de la voluntad y de la vida en pleno vuelo de su acción más egregia para que por ese tamaño se mida la capacidad de servicio de los hijos que ella ofrece en su desvelado afán por el servicio de la cultura y de la república. Es la consagración social de la inteligencia porque Mariano Ospina Pérez no pertenece a aquellos que los sociólogos llaman el hombre de garra sino a aquellos otros en quienes se acuñaban en las democracias atenienses los estigmas del poder, en la desvelada atención a los problemas de la comunidad, en la dignidad de la propia vida inmaculada, en el resplandor de la inteligencia iridiscente que convoca en su contorno la adhesión de todos sus conciudadanos.

Todo el oleaje de las pasiones ha sido impotente para desviarlo de aquella ruta que se trazó al predicar una política de concordia, no como el cambio de una política contraria por una política adicta, sino como la aspiración a levantar la mecánica del poder desde la zona de los sentimientos rencorosos hasta el plano de las ideas controvertidas.

Es el triunfo de la acción normada por los grandes principios tutelares que esta Universidad recoge en la celeste visión que fulguró a la hora del Tabor y en el coraje de Bolívar para vencer la inaccesible altura. Y la grandeza de la acción producida en ese plano no puede medirse cuando se piensa en lo infinitamente pequeño que resulta el hombre que todo lo fía a la sola eficacia de la técnica. En los momentos en que ella alcanza su ápice sutil, desconponiendo el átomo, los pueblos alzan por todas partes el lívido signo de muerte; se extingue la piedad humana y los pueblos vencidos en titánica contienda no tienen otro resquicio que el ojo de la horca infamante o la tortura científica para evadirse de una vida a la que cegaron las fuentes de la belleza y de la justicia. Al servicio de una política ausente de toda ética, la técnica no se tasa por el bien que suscita sino por la capacidad destructora y entonces corresponde la definición espuria de la política como el ejercicio del poder. En cambio, cuando una técnica se nutre de la fuente moral se manifiesta como en el caso de un estadista cristiano en una política que tiene todo el rango aristotélico del ejercicio del bien público. La acción del hombre práctico que pone la técnica al servicio de una ética produce en su contorno aquella atmósfera de emanación iridiscente del espíritu que los físicos descubren donde estalla la energía nuclear.

Y esta es la consideración final que debemos llevar para analizar las familias ejemplares de la patria. Porque ellas nos dan el coeficiente de aspiración ideal, una síntesis ejemplar de cuanto podemos demandar aún a la conciencia del país.

En torno a esta vida que hoy consagra la Universidad, se reconstruye mucha parte de nuestra doctrina como nación, porque, dueña al nacer de todos aquellos dones que facilitan una concepción he-

donística y precisamente en uno de aquellos instantes de los pueblos en que todo parece predestinarlos a la victoria de los instintos fáciles; con el dominio del dinero, la distinción de la cuna y hasta el obvio acceso a las altas posiciones del poder público, renuncia a sumirse engreídamente en el pensamiento de su propia felicidad y se destina al servicio de su pueblo, llevando su alma a crujiir en el mismo madero que vigila hace veinte siglos desde una colina a los incomprendidos de todos los tiempos.

Dos circunstancias concurren esta noche a colmar el momento de vuestra exaltación, Excelentísimo señor.

La una trae a vuestro propio pueblo enjambrado en los alvéolos de una de sus Universidades, emergida de su entraña en un instante de su carrera hacia el porvenir. Y ese pueblo vuestro es el que ha insuflado al país una filosofía de la acción, adquirida vivencialmente al contacto con su hosco paisaje. Brotó arando la llanura lacónica o golpeando la súbita montaña; empujando con sus cantares el acarreo de las cosechas hacia los tórridos poblados. Pero con un prodigioso sentido de adaptación, agotada la tierra, sobre el último terrón cosido de raíces ancestrales, edificó fábricas, transformó el subsuelo y lanzó a la rosa de los vientos sus manufacturas, asimilándose un cosmopolitismo que abre a la patria la vena esencial de nuestro tiempo.

Se refugia así Antioquia en su personalidad privada bajo la techumbre de sus añejas esencias pero en lo público asume el aire de la vida contemporánea. Por sus plazas rueda el bronce sagrado, convocando en las tardes y se alza la pelota de tennis que perfora la nube. Las espigas de maíz sacuden su carga de tórtolas cuando cruzan las núbiles trenzas de las muchachas, flotando sobre las blusas rayadas. Huye el vaho de los cafetales empujado por un aire de modernidad bulliciosa que aprieta los slaks sobre los pedales de las bicicletas, mientras un nutrido bosque de cuernos se moviliza en parejas asustadas, coronando de lanzas la mansuetud del paisaje.

Por otra parte otorga el título a través de una Universidad que reposa bajo el alero tradicional, sombreada de medioevo, pero que erige ostentosamente sus facultades de ciencias aplicadas a las necesidades modernas. Que se empeña en hacer la urgente conjunción entre la ética y la técnica por que sabe que la acción del hombre eficaz tiene que bascular entre los dos polos que representan el espíritu móvil y la materia domeñada y que, si la técnica ha esculcado a la naturaleza hasta arrancarle su milenario secreto será suicida si se desprende de aquel centro donde fluye el aliento de toda vida.

Contra las culturas sin moral se devuelve fieramente la naturaleza adormecida si se le roba su cautivo secreto.